

Cuando "el amor sin fin" es el amor

REFLEXIONES SOBRE LA OBRA DE FERNANDO GONZÁLEZ-URIZAR

Como un calendario del tiempo infinito, con elásticas periodicidades que no coinciden exactamente con las mediciones oficiales, cerca de treinta libros publicados en los últimos cuarenta y tantos años, han ido marcando la vida y existencia poética de Fernando González-Urizar. El título inicial de su campaña lírica se unió con gratificante con "La Unidad Esquina", que en 1957 obtuvo el Premio Municipal de Literatura de Santiago. No sería la única vez que el nombre y un libro del poeta conmoviera al mundo literario desde el ámbito municipal de la capital de Chile. Su "Domingo de Placeres" fue galardonado en 1977 y el "Jabón de Llavero" en 1978. Cuatro años más tarde, idénticos laureles le entregó la "Solidaridad de la Luz". Bastería la mención de esos Premios de la Municipalidad de Santiago, para comprender que las puertas de la fama estaban abiertas para el poeta. Pero también las abrieron el Premio Municipal de Poesía Pedro de Oña, con el libro "Las Nubes y los años", en 1980; el premio de poesía Francisco Lagos por "Los Sueños Terrestres" en 1986; el premio Martín

Beber por "Israel, Israel" en 1970; el premio Leopoldo Panero, en Madrid, por "Los Signos del Cielo", en el mismo año; y otras distinciones muy numerosas por su larga y exitosa trayectoria poética. No dudamos que un próximo paso será el Premio Nacional de Literatura. Ahora nos llega "Del Amor Sin Fin", en hermosa edición cuidadosamente editada por la Academia Chilena de la Lengua, de la cual González-Urizar es Miembro de Número. A través de 271 páginas, más de un centena y medio de poemas, despiegan la amplísima gama de la fantasía creadora del autor. Una obra que no puede ser leída "de un tirón", como solíamos hacer con cuentos o novelas que nos agredían. Una obra que hay que saborear, página por página, poema por poema, estrofa por estrofa y casi línea por línea, para encontrar el sabor de cada espacio, bello, a veces meditativo, a veces reboante. El Director de la Academia, Alfredo Matas, dijo que González-Urizar sabía escribir en "el grancito del idioma", para encontrar a sus palabras en sus versos. Para el lector desprevenido, es un arduo ejercicio, ir hasta ese rico granero, que conocemos

como Diccionario, para saborear mejor el significado exacto del vocablo que el poeta pareciera manejar sin apuros. No es que nuestro moderno hábito conguie en cada poema un acortijo, para convertirlo en críptico. Las palabras poco o nada usadas en el habla común, las entrega como conadas y pequeñas joyas idiomáticas que embalsaman.

No pretendemos analizar sus poemas, ni dar un juicio crítico sobre el libro. Lo hemos leído pasionalmente, a través de varios días, para beber, en pequeños sorbos, el néctar que contiene.

En momentos, algunas líneas nos detienen, como las de esa antigua declaración de amor, en la que dice:

"Amiga, sola amiga, ramo de abejas, brava, ¡cómo te nombro ahora y me replica sobre la vastedad del corazón la gracia!"

El amor se siente late en cada uno de los poemas, evocando a una amada que es amiga, que es amiga amada, y que se hace paisaje recordado:

"Arbol para morir tan cielo adentro, para sentir un mar, una llanura un monte solo y alto".

El mar está en varios de sus versos, siempre unido a un recuerdo amoroso:

"Poder darte la mano y que por ella te fueras tal un río a la mar larga".

Recordamos sin querer a Jorge Manrique: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir". El título de otra de sus poesías lo dice sin mencionar la muerte: "Sueños mar"... pero la fría palabra, que fue tema recurrente en anteriores obras de González-Urizar, está en estrofa:

"¿Quién te muestra antes que me muera". A mí me gustaría irme primero".

La mano se tiende hacia el recuerdo para decir:

"Nos coge un gran silencio de la mano, vamos puros y limpios al olvido, y ni el frío ni el vino pueden darnos otra paz que la dicha de haber sido".

A veces, el título de una poesía es, en sí mismo, un poema comprimido, cadencioso. Como cuando titula en breve frase:

"Me olvidaría tan dulcemente"... "Hablar, hablar contigo"... "Dame amor, dame olvido, dame tiempo"... "Te parecés al mar cuando oscurece"... ¡Hay un país, un tiempo para los dos, amigos"... "Como la luz y el fuego vamos juntos"... "Tú y yo, mi amor, nosotros"... "Adiós es una larga palabra de dos cilindros"... "Tú me

has vuelto laúd y resonar"... "Todo amor está hecho de tiempo perdido"... "Sol que mucho madrega, poco dura"... "La maravilla de estar juntos"... "¿Qué el amor sea largo y breves el desvanecimiento!"... "Que no hay sin ti el vivir para qué sea"...

En otras, van surgiendo en los títulos nombres de mujeres, como surtidor de recuerdos lejanos: exóticas uenas, condesas, otras, poéticas uenas, como Teresa Eva María Rafanika, Tatiana Vladimirova, Zaida, Gelya, o Clementina Isaura. Los nombres de mujeres, de países, de lugares, van quedando también en diferentes versos, para formar ramos de floridos recuerdos. Uno de los poemas, justamente, está dedicado a mencionarlos femeniles y solitarios nombres:

"Nombres que alguna vez dijeron algo parecido al juncal en mis oídos, que fueran como blancos candelabros, terciopelos de lunas, secretos iluminados del olvido".

Volviendo las hojas, una a una. Siguen apareciendo en cada vuelta de página, versos que transmiten amor:

"Amigo acal corinto, dime si alguna vez irás a verme a la casa del viento en que te espero".

También el encuentro que no vino está en las palabras de "La cita vana":

"La hora y el sitio exacto, y no acudes. Tiemblo de azul marino y rutiladores, aguarda el corazón lleno de agujas".

En "La maravilla de estar juntos", inicia palabras de amor maduro, sereno y placentero:

"Después de tanto ayer, hoy resplandeces. Po. te di Dios, y luz, y aroma soy".

Poco a poco van pasando las páginas, lentas, solitarias. Al fin, las últimas líneas del último verso, breves:

"Amigo, eres de nuevo el viejo roble, las anécdotas que parecen y nos miran, el latido del agua por los cielos".

El jardín de la muerte florecido".

El libro se cierra. La música permanece. Cada verso fue un canto y armonía. Un "Canto de los Cantares" de este antiguo trovador moderno.

Conclusión: El amor sin fin de Fernando González-Urizar, es el amor.

HÉCTOR GONZÁLEZ V.



Cuando "el amor sin fin" es el amor [artículo] Héctor González V.

Libros y documentos

AUTORÍA

González Valenzuela, Héctor, 1920-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando "el amor sin fin" es el amor [artículo] Héctor González V. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile